

EL OTRO, EL SEMEJANTE, EL PRÓJIMO¹

Adriana Hercman

Es una alegría encontrarnos a conversar sobre un tema tan crucial y complejo como el que nos convoca que es la alteridad para el hablante. Empiezo por distinguir este orden de alteridad en su dimensión Simbólica, Imaginaria y Real, entre el Otro, el otro y el *a*.

En *El estadio del espejo* y en *La agresividad en psicoanálisis*, Lacan se refiere a la tensión de orden pulsional, narcisista y agresiva que el yo mantiene con la imagen especular. La pulsión encuentra en el semejante la posibilidad de identificación con lo que la imagen refleja de sí pero hay algo que resta a la especularidad y hace a una porción incomprensible que pone en juego el problema del goce. El Complejo del prójimo freudiano se divide entre lo que es especular y entonces del orden de la identificación y lo que no lo es.

El otro entra en escena en la estructura de los celos: cuando el otro es el que posee el objeto de goce, deja de ser el simple semejante en el que me reflejo y se hace presente en él un núcleo de maldad que tiene que ver con esa porción refractaria a la identificación que habita tanto en él como en mí y me es inasimilable².

En “La ética”, un apólogo lacaniano: entre dos potes de mostaza lo que tienen de idéntico es el vacío central, después puede llenarse con lo que sea (*meme* y *metipsemus*: lo más mí mismo que hay en mí). Ese vacío no se refleja, es lo no especularizable que da sostén a la imagen y estatuto real a la alteridad del hablante: el objeto *a*. Un famoso Marques da la clave al analista: al avanzar en dirección al vacío central de la imagen del otro, su cuerpo se fragmenta.

¹ Trabajo presentado en el Ciclo *Cuestiones Cruciales del Psicoanálisis: “Las dimensiones actuales del lazo social. La irrupción de lo real, organizado por la Comisión de Enlace de Buenos Aires de Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano en la Biblioteca Nacional, el 16 de abril de 2016.*

² Dimensión del lazo magistralmente plasmada por J. L. Borges en la voz de Otto Dietrich zur Linde, técnico del exterminio nazi, antes de ser ejecutado: “*Ignoro si Jesusalem comprendió que si yo lo destruí, fue para destruir mi piedad. Ante mis ojos, no era un hombre, ni siquiera un judío; se había transformado en el símbolo de una detestada zona de mi alma. Yo agonice con él, yo morí con él, yo de algún modo me he perdido con él; por eso, fui implacable.*” (*Deutsches Requiem*, en *El Aleph*, 1949)

Lo intolerable en el semejante va a estar en relación a eso idéntico que nos habita que es la falta. Y por eso el prójimo, al presentarme lo intolerable donde solo querría ver reflejo, es lo más cercano para tomar entre los brazos, para abrazarlo o para ahorcarlo. Lo imaginario se continúa en lo real y entonces el más íntimo lazo amoroso contiene una cuota de hostilidad que incita al deseo de muerte.

De los frentes señalados por Freud como motivos de malestar en la cultura, la relación al otro es lo que más malestar consume. Mientras otros animales de la misma especie no se matan entre sí, las atrocidades que un hombre es capaz de hacer a otro hombre son inconcebibles.

La diferencia es que para el hablante no hay realidad que no sea de discurso y la entrada al lazo social implica la castración, pérdida primera de un goce que nunca hubo.

Por eso todo lazo tiene por fin civilizar, ponerle coto al goce que lo funda. Pero la estabilidad en el lazo es precaria porque está siempre amenazada por el salvajismo inhumano que pretende dominar. La fraternidad se origina en el crimen y el empeño que ponemos en ser todos hermanos es la prueba evidente de que no lo somos.

De tanto en tanto, lo originalmente perdido que va al lugar de lo real en la estructura, irrumpe como pasaje al acto. Esto es algo que nos interroga tanto en nuestra clínica como en relación a los fenómenos colectivos.

La irrupción de mal absoluto que representan los regímenes totalitarios del Siglo XX dan forma a un mal banal que rebasa el orden de la identificación al semejante, franquean los límites del espacio del prójimo y abren el campo del goce.

Moustapha Safouan en su libro *La palabra o la muerte, ¿es posible una sociedad humana? dice: “El orden simbólico no tiene nada de especialmente pacificador, pero sin ese orden tendríamos, en lugar de la guerra, el genocidio generalizado. Parece que vamos hacia él”*

En el estado discursivo actual, la falta de límite que inscribe la castración abre un escenario del “todo es posible”, a la instigación recíproca de los goces y a la amenaza de un real siempre listo a irrumpir. Con el apoyo de la ciencia, hoy pueden hasta concebirse experimentos químicos creados para colarse por debajo de la puerta y barrer con toda realidad sexuada, barrer con el ser hablante.

Como analistas tenemos una responsabilidad respecto a la subjetividad de nuestra época y nuestra herramienta es el discurso del analista. Como discurso, no pretende dar solución al malestar, pero sí algunas respuestas.

El objeto causa de deseo, en el lugar del agente, “da un poco de aire” al plus de goce (*El revés...* 10-6-1970) propio de las modalidades discursivas de la masa. Por otro lado, es el único discurso que aprehende al otro como un sujeto dividido. Sujeto que, al reconocerse en la división podrá dar lugar a otros no en su diferencia sino en algo mucho más difícil: lo que tienen en común, la falta en ser que los habita

Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.